



# *El cerro es el límite*

**TEXTO Y FOTOS: NORMA ACOSTA AGUIRRE\***

**E**l primero de noviembre, Día de Todos los Santos, los estudiantes de antropología celebran sus propios rituales recorriendo desde temprano los cementerios de la capital, sobre todo aquellos ubicados en la periferia. Con sus cámaras, libretas de apuntes y grabadoras, parecen periodistas. Pero mientras sus primos metodológicos registran comilonas, bailes, brindis y testimonios para la crónica del día, los antropólogos tratan de comprender, a partir de esos mismos materiales, los fenómenos sociales que están tras el color y la fiesta.

El ritual es uno de los tópicos favoritos de la antropología. En las investigaciones antropológicas sobre la muerte, la prioridad ha estado en las prácticas rituales que actualizan la relación entre vivos y muertos; el cementerio en sí mismo no tiene mayor importancia, aparece como simple telón de fondo. La comunicación ritual y periódica con los muertos en el mundo prehispánico —los muertos seguían siendo parte del ayllu— puede considerarse un hecho social total, en la medida en que los lazos religiosos con los antepasados ordenaban las relaciones sociales del mundo de los vivos en los planos económico, familiar, político

y hasta territorial.<sup>1</sup> En ese sentido, estudiar el ritual contribuye a explicar cómo funcionaba el ordenamiento social. Pero en los cementerios de Lima las prácticas rituales tienen otro sentido.

Libar con el muerto, pintar su tumba o encargar sus canciones favoritas a las comparsas de turno, son actos que expresan la necesidad de mantener vivo un lazo aunque este no tenga un efecto socialmente ordenador o cohesionador.

Desde el año 2004, cuando visité por primera vez un cementerio como estudiante de antropología, entendí con claridad que el estudio del ritual no era lo mío. A mí me impactaba la precariedad de los entierros, el anonimato en que muchos mueren en esta ciudad, la apropiación del espacio expresada en la disposición de las tumbas. Me interesaba también el crecimiento progresivo de cementerios periféricos de la capital, al lado de los asentamientos humanos, originados por migrantes e informales ambos. El cementerio no era para mí un telón de fondo de prácticas rituales; aparecía más bien como un producto social, resultado de la acción de las personas, cuyo estudio permite entender cómo estas se relacionan y construyen significados en un momento determinado.

Definitivamente existe una relación entre nuestro objeto de estudio y nuestras motivaciones. Durante años el cementerio fue mi tema de estudio. Visité varios en la capital, recogí historias, censé tumbas, presencié entierros, festejé días de los

\* Periodista y antropóloga. Trabajó en el diario El Comercio. Actualmente es profesora de Comunicación en el AH Tiwinza (Callao) como parte de la ONG Enseña Perú.

1 Gil García, Francisco, "Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada al manejo del tiempo y el espacio", *Anales del Museo de América*, n.º 10. Madrid, 2002, pp. 59-83.

muerdos hasta que el tema me agotó. Hoy, temas menos fúnebres ocupan mi pensamiento. Antes de enterrar este capítulo de mi vida antropológica, quiero aquí compartir impresiones sobre la formación de cementerios de migrantes en la capital y sugerir líneas de investigación para aquellos a quienes el cementerio y la muerte continúan interpelándolos.

### **CEMENTERIOS DE MIGRANTES**

En Lima, los cementerios de migrantes han crecido al lado de asentamientos humanos en los que la prioridad fue destinar espacios para la vida; no solo la vivienda, sino también el mercado, la losa deportiva, etc. Es el fin del ciclo vital el que evidencia la necesidad de destinar espacios también para la muerte, ya sea porque los cementerios existentes no se dan abasto, están muy distantes o resultan económicamente inaccesibles, o por la necesidad de mantener con los parientes muertos los vínculos en los términos en que la costumbre manda, pues no en todos los camposantos está permitido comer, libar y festejar con el muerto.

Tal como ocurre con los barrios limeños que fundaron los migrantes, los cementerios de migrantes se pueden agrupar cronológicamente. Nueva Esperanza en Villa María del Triunfo o Mártires del 19 de Julio, en Comas, se originan con las oleadas migratorias de mediados de siglo XX. Han pasado por un proceso de formalización posterior a la ocupación y su presencia es innegable en las narrativas locales

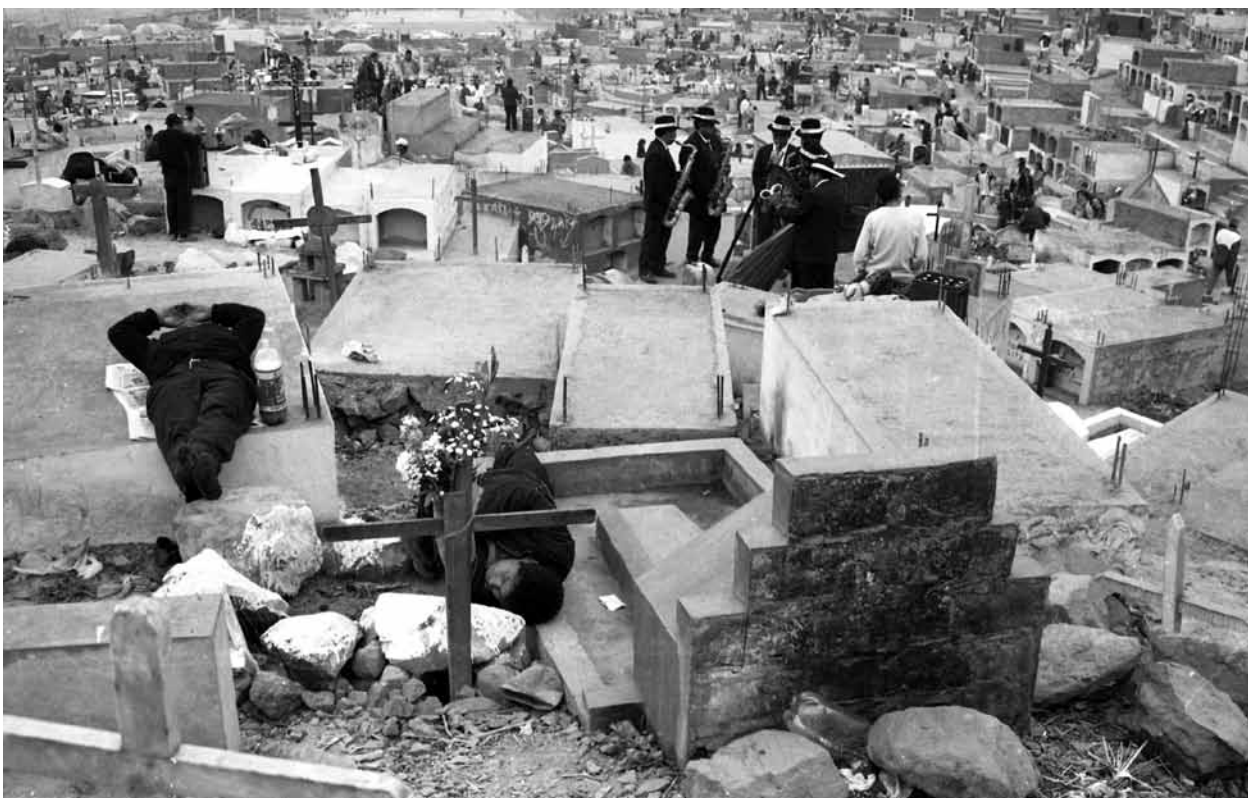
contemporáneas. Por su antigüedad y por los miles de entierros que albergan, el Día de los Muertos en estos cementerios es tema obligado en los noticieros, que los consideran símbolos de la cultura popular de los nuevos limeños.

Hay otro grupo de cementerios de origen más reciente. El cementerio de Lomas de Zapallal, construido hace unos quince años en un lugar que hace un par de décadas permanecía deshabitado, pertenece a esta categoría. Quienes lo construyeron son migrantes o sus descendientes, que ocuparon la zona paulatinamente y provienen incluso de otros puntos ya saturados de la capital. El cementerio de Lomas nunca aparece en los medios, es pequeño y su proceso de formalización es aún incipiente. Ese fue el que estudié por más tiempo.

### **LA MUERTE EN PUENTE PIEDRA**

Ubicado en lo alto de un cerro con el que colindan dos asentamientos humanos del distrito de Puente Piedra, en el kilómetro 34,9 de la Panamericana Norte, el cementerio de Lomas fue construido por los pobladores del asentamiento más antiguo, quienes realizaron la primera sepultura sobre un terreno cuya propiedad legal entonces no estaba clara y hoy se encuentra en disputa.

Hacia 2009 albergaba quinientas tumbas, todas bajo tierra. En invierno, la humedad y la neblina de la zona propician la formación de vegetación que, en ocasiones, cubre completamente las tumbas.



Si no fuera por las cruces, una podría pensar que está caminando en un huerto.

Los entierros son en su mayoría montículos de tierra y piedra, no hay mausoleos familiares como en los cementerios de migrantes más antiguos. Dado que carece de un cerco perimétrico y de vigilancia, es muy sencillo dismantelar una tumba sin que ello tenga consecuencias penales, más aún cuando no existe un registro oficial de los entierros. Del mismo modo, mientras haya una disputa legal

por el terreno, la posibilidad del desalojo de los muertos está latente y mantiene en alerta a los deudos.

En vida, es probable que muchos de los “ocupantes” del cementerio de Lomas fueran invasores de terrenos, vendedores ambulantes, trabajadores independientes que no tuvieron acceso a beneficios laborales, a un seguro de salud, a créditos para adquirir una vivienda o el pago de un nicho en un cementerio formal. Definitivamente, en el Perú actuar en la informalidad no implica no participar de la economía formal o incluso sacarle la vuelta.<sup>2</sup> Como antropóloga, he aceptado que las personas no actúan constreñidas

2 Del Río Labarthe, Patricia, “Jaris Mujica: En el Perú la informalidad es parte de nuestros mecanismos formales”, *El Comercio*, Lima, 27 de septiembre de 2008.

por una imposición estructural: siempre pueden actuar conforme a su elección. No obstante, este cementerio hizo que me cuestionara los límites de tal premisa. Al observar los entierros de Lomas y escuchar las historias de los deudos, me preguntaba cuál fue el margen de acción de quienes van a morir en la cima de un cerro anónimo, en una situación de precariedad material y legal, en mi opinión, extrema.

El cementerio presenta una característica adicional. Dado que son los deudos quienes lo han creado, se apropian del espacio como no podrían hacerlo en otro lugar. No solo se trata de cómo celebran días de fiesta, sino también de la libertad para decidir, por ejemplo, el tamaño que tendrán las tumbas —algunos incluso han reservado espacio para entierros familiares futuros— o sembrar sobre ellas plantas de sábila y flores a manera de pequeños jardines.

### **“PARECE MACHU PICCHU”**

La primera impresión que produce Lomas es que las personas entierran allí a sus muertos debido a sus carencias económicas. Pero los deudos tienen otras respuestas. Afirman, por ejemplo, que escogieron el lugar porque “la tierra del cerro era virgen”, razón por la cual todas las sepulturas se realizan bajo tierra. Para justificar el elevado número de entierros infantiles contestan que “en los primeros años, la tierra se llevaba a los niños como pago”. Algunas respuestas son totalmente insospechadas. Un joven que exige a su

madre que le explique por qué su abuela fue “abandonada, como si fuera un perro” en un lugar tan precario y recibe por respuesta que desde allí se tiene una vista panorámica privilegiada de la ciudad. El silencio y la tranquilidad que no se encuentran en otro sitio. “Parece Machu Picchu”, fue el argumento.

Emplear estas frases y apropiarse del espacio con la relativa libertad con que lo hacen puede ser una forma de escapar de la explicación que alude a sus limitaciones económicas. Los discursos y prácticas de los deudos tienen un componente cultural, no entendido como la identificación como grupo social homogéneo —pues de ninguna manera lo son—, sino en cuanto expresan significados que les ayudan a sobrellevar la experiencia de enterrar a un ser querido en circunstancias extremas.

Los argumentos empleados por los deudos son culturales en cuanto que recogen creencias compartidas y reconocidas socialmente. Hay cultura en la forma de celebrar con los difuntos, actualizando costumbres ancestrales en un contexto contemporáneo; hay cultura en la apropiación y la distribución del espacio del cementerio, que informa sobre esquemas mentales aprendidos que continúan reproduciéndose.

### **LA ANTROPÓLOGA NO ES “TAN” OTRA**

Al estudiar la riña de gallos en Bali, Clifford Geertz narra cómo los balineses lo tratan con aparente indiferencia hasta que un hecho casual lo convierte en uno



más de la comunidad y le permite acceder a ellos, salvándolo del fracaso etnográfico. Geertz nota que al principio los balineses lo estudian, lo miden, lo observan. Cuando ellos dejan esta actitud desconfiada, él se convierte en el único agente observador y reflexivo.

No puedo decir lo mismo. Tal vez porque se trate de contextos distintos. Después de todo, Puente Piedra no es para mí lo que Indonesia para Geertz: una alteridad radical. Mi experiencia es otra. En principio, porque la desconfianza inicial fue enfrentada prontamente por los deudos. Como habitantes de asentamientos humanos, relativamente acostumbrados

a la presencia de extraños que llegan con distintos fines, no tardaron en preguntar por el motivo de mi presencia. Luego, porque una vez expuestas mis razones a un dirigente vecinal, este encontró la forma de usar mi presencia a favor de sus vecinos y de su posición en los conflictos que mantenía con la dirigencia del asentamiento vecino.

A diferencia de los indiferentes balineses que enfrentó Geertz, las personas con las que me encontré mantenían una actitud vigilante. La antropóloga no es la única que observa y analiza. Ello implica no dar por sentada ninguna respuesta y no dejar de lado que la presencia de una

investigadora tiene un efecto potencial en la vida de los sujetos involucrados en el desarrollo de la investigación. ¿Qué dejamos cuando preguntamos por los parientes muertos, fotografiamos celebraciones o nos inmescuimos sin querer en una disputa entre dirigentes? ¿Los discursos y prácticas de los deudos cambian, se enriquecen o se reordenan a partir de la dinámica que iniciamos con nuestro trabajo etnográfico? ¿Cómo realizar un censo de las tumbas sin que el resultado de ese trabajo bienintencionado se convierta en un elemento más de disputa entre las dirigencias? Como señala Scheper-Hugues, no debemos engañarnos “creyendo que nuestra presencia no deja ningún impacto sobre aquellos en cuyas vidas osamos irrumpir”<sup>3</sup>.

### ENTRE EL PERIODISMO Y LA ANTROPOLOGÍA

Las reflexiones anteriores aplican también para los periodistas, por cuanto estos tienen como insumo principal la información que recogen en campo. Es curioso cómo, sin habérmelo propuesto, este texto me ha permitido reflexionar sobre las diferencias entre periodismo y antropología.

Al inicio, sugerí que ambas disciplinas, aunque compartieran el método, se distanciaban al construir sus discursos, pues la antropología se esfuerza por elaborar un conocimiento sistemático que ayude

a comprender un fenómeno social y, en ese proceso, puede usar como insumo la crónica periodística. Ahora puedo añadir una diferencia más. Las ideas planteadas en este texto nacieron en el marco de una tesis; como tales, requerían ser validadas como “conocimiento” y estaban escritas en un lenguaje académico. Al trasladarlas a un contexto periodístico, la prioridad no era su validación, sino su difusión entre un público más amplio que la comunidad de antropólogos, que no tiene el rol de juzgarlas como científicamente aceptables. El problema es cómo darlas a conocer sin dejar de lado su profundidad y su riqueza antropológica, por un lado; y sin perder la noción de quién es quien está narrando, si la periodista que cuenta la crónica de su tesis trunca o la antropóloga que busca la validación de sus hallazgos, por otro.

Al final, el intento de comprender el cementerio como producto de la acción de las personas, sus relaciones y los significados construidos alrededor de él, es importante se narre desde donde se narre porque ofrece una mirada nueva sobre estos espacios, y ello es útil tanto para quien quiera investigar el tema desde la antropología como para quien vive o está interesado en conocer lo que ocurre en la ciudad. En este texto priorizo la divulgación de las ideas, aunque es probable que en algunos momentos mi yo antropológico haya salido a flote, como negándose a ser enterrado junto a este estudio sin haber sido validado antes. ■

3 Scheper-Hugues, Nancy, *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel, 1997, p. 35.